

mi poder. Estoy seguro de que lo he de encontrar...., y el día que lo encuentre, encontraré también á sus cómplices....

—¿Y qué haréis el día que los hayáis encontrado? (dijo, sin poder contenerse y con voz turbada el señor de Beuvret.) La fecha del crimen debe remontarse lo menos á veinte años. Vos erais un niño cuando se cometió.... Y ha prescrito.

—¡Qué importa la prescripción! No la acepto.

—La ley la reconoce...., y la justicia no perseguirá á los culpables.

—¡Pues bien! Los perseguirá mi rencor, mi venganza. Los mataré como ellos mataron.

—¿Sin juzgarlos, sin saber si estaban en su razón cuando cometieron el crimen...., si en ese espacio de veinte años han expiado su culpa, si son dignos de perdón?....

—¡Perdonarlos, jamás!

#### IV.

Aquella noche, por el camino que conduce de Royat á Clermont, un hombre caminaba con paso precipitado.

Era el señor de Beuvret.

Cuando Armando Le Forestier se separó de

él, salió de su hotel, sin responder á su hija, que deseaba saber el resultado de su larga conversación.... ¿Qué debía decirle? No lo sabía.

Caminaba sin descanso, excitado, calenturiento, recordando en tropel todos los accidentes de su vida, á manera de una larga serie de visiones.

Recordó su niñez, su juventud dichosa, laboriosa, honrada.

Fué á París á continuar sus estudios, los terminó, y emprendió otros nuevos. Desconocía el placer, y no vivía más que para el trabajo. Pero encontró una joven, de la cual se enamoró con todo el fuego de un primer amor; como ha dicho él mismo, con todos sus sentidos, toda su inteligencia; pero con un amor casto y puro, en el que no existía la menor sombra de maldad ó engaño.

La joven concluyó por amarle con todo su corazón, con toda su alma.... ¿Se casaría con ella? No le habían concedido su mano. El padre le había dicho: «Vos aseguráis que pertenecéis á una familia rica de provincias, de la cual seréis un día heredero. ¿Cuándo? ¡Después que mi hija haya vivido en la pobreza, en la indigencia muchos años! No puedo consentirlo. Pedid á vuestros parientes que os aseguren para el presente medios para vivir. Si os aman, si os estiman, si piensan realmente en dejaros su fortuna, os da-



rán hoy una parte, cuando les digáis que se trata de vuestro porvenir, de vuestra felicidad, de vuestra existencia, según afirmáis».

Mas esos parientes no existen. Son imaginarios, inventados para ser recibido en casa de la que ama. Si existieran, seguramente que podría contar con ellos. ¿Qué legados de riquezas ha de haceros á su muerte quien no os da ni un solo luis en vida?

No sabiendo qué hacer ni qué pensar, más enamorado que nunca, y con la cabeza perdida, se fué á jugar, donde concluyó por perder todo el dinero que poseía.

Entonces fué cuando se encontró con el Marqués de Arnage y el señor de Montbarán, y fué á cenar con ellos al Café Inglés.

El Marqués le estudiaba desde hacía tiempo, y conocía su lado débil.

De una manera indirecta comenzó á hablar de ciertas empresas que se proponía acometer, las cuales le enriquecerían seguramente.

Comenzó por rechazar ciertas proposiciones con indignación. Mas por una parte el Marqués tenía necesidad de él: Montbarán sólo no era suficiente. Por otra, le había dicho ya demasiado, y como el negocio estaba decidido, resuelto, preparado, por prudencia consintió en que el señor de Beuvret fuera su cómplice.

Después de la comida del Café Inglés, no se

separaba de él, le acompañaba, y se empeñaba en estarse con él.

—Vais á perder á la que amáis. Se habla ya de su casamiento con otro. Vuestros escrúpulos os condenan á una eterna desesperación. ¡Qué hermosa vida pudierais tener si quisierais!... ¿Y de qué se trata? Únicamente de distraer algunos centenares de miles de francos de una fortuna inmensa. De recoger á esa señora Le Forestier lo que ella ha tomado á otros: porque su caudal no deja de tener en su origen algo digno de censura. Lo he preparado todo, y puedo asegurar que lo he preparado hábilmente. No hay riesgo de que podamos ser descubiertos. Vos tenéis que hacer bien poca cosa. Vuestro papel queda reducido á haceros admitir en la casa como criado, introducir á Montbarán, y dejarle obrar.... Nosotros os aseguramos que no se ha de hacer ningún daño á esa señora. Suceda lo que suceda, nosotros respetaremos su vida, aun cuando para ello tengamos que exponer las nuestras.

Continuó rechazando, pero con menos violencia, sin tanta indignación. Pero sigue viéndolos todos los días; sin duda siente verdaderos deseos.... Ya no va á su casa; se le ha impedido que continúe visitándola, pero la ve por las noches en el teatro, en el Bosque. Ella le sonríe con tristeza; parece que implora sus miradas y siente los obstáculos que los separan; aquellos mudos



diálogos hacen que su pasión aumente cada día.

El Marqués y Montbarán le dijeron al cabo:

—Nosotros obraremos solos, si vos no os decidís. El perjuicio causado á la señora Le Forestier será el mismo, y vos perderéis una ganancia segura. No tendréis parte alguna.

Poseído de una verdadera fiebre, escribió á su futuro suegro que salía para su provincia, con objeto de alcanzar de su familia lo que deseaba; y después de seguir al pie de la letra las instrucciones del Marqués, entró de criado en casa de la señora Le Forestier.

Como todas las naturalezas débiles, no estaba todavía decidido. Era un principio de ejecución únicamente, y esperaba que surgirían obstáculos que impidiesen se llevara á cabo.

Llegó el día 15 de Enero. Era el día designado. Aunque no estaba resuelto todavía, ejecutó, sin embargo, las últimas órdenes recibidas. Á la llegada de Montbarán, quiso huir. Ya era tarde: sus cómplices le arrastraron á la alcoba.

La señora Le Forestier se defendió con más vigor y energía que era de esperar. Llamó, gritó, dió golpes, mordió. Montbarán se creyó perdido, sintió ira, y la ahogó. Algunos segundos fueron suficientes para que el crimen quedara consumado.

—¿Qué le restaba hacer? Permanecer al lado de la víctima, era la prisión, el patíbulo....

El instinto de conservación trajo á su memoria el plan que se le había ordenado seguir, una vez cometido el crimen. Lo siguió al pie de la letra, aunque maquinalmente; pero el plan era tan hábil, que ni la policía, ni la justicia, no obstante todos sus esfuerzos, pudieron descubrir el paradero de los culpables.

La partición del dinero robado, se hizo. Sus cómplices le entregaron seiscientos mil francos. Nada se oponía ya á su matrimonio. Para olvidar los tristes pensamientos que le asaltaban, para acallar sus remordimientos, volvió á sus amores, á los cuales se entregó por completo. Esto era lo que únicamente le permitía gozar algunos instantes de reposo. Escribió una carta al padre de su amada, en la cual le anunciaba su próximo regreso y el éxito alcanzado. Había conseguido reunir el dote pedido, y lo llevaba, dispuesto á depositarlo en casa de un notario. Volvió, en efecto, y se verificó el matrimonio.

En los primeros momentos de su pasión satisfecha, de su delirio amoroso, se olvidó con frecuencia de aquella triste visión; no veía á su víctima, ni oía sus ayes.

Pronto oyó otros gemidos; los de su esposa, que murió al dar á luz á su hija, y los llantos de la recién nacida. La vida que se va y la vida que comienza, lloran ambas. Desesperado, y no pu-



diendo resistir aquel rudo golpe, pensó en suicidarse.

¿Pero qué sería entonces de aquella niña sin padre ni madre y sin fortuna?

Sí, sin fortuna; un día dijo á su mujer que por casarse había tomado á préstamo los seiscientos mil francos inscritos en el contrato, y que tenía necesidad de devolverlos. Ella dió su consentimiento: una mujer enamorada no se detiene en reflexiones. Restituyó el dinero robado, ó, por lo menos, su parte. Creyó que así se acallarían sus remordimientos.

Aquella niña, acostada en su cuna, tan débil, tan tierna, quedaría completamente sola, sin auxilio de ningún género. ¿Qué vida le esperaba? ¿Con qué apoyo podía contar? La infancia necesita de cariñosos cuidados. Abandonándola, su muerte era casi segura. Creyó que debía vivir: consagrar la vida á su hija.

Pero ¿y sus recuerdos? ¿Sus remordimientos? Creyó que conseguiría hacerlos menos intensos, menos crueles, por medio de la penitencia. Se dedicó sin descanso, con constancia, á la educación de su hija; hizo todo género de sacrificios; sufrió toda clase de privaciones.

—Por mi causa (se decía) ha muerto una persona. Pues bien: yo le daré la vida á otra, desenvolveré su inteligencia, formaré su corazón de tal manera, que pueda decirme: «Hago á la

vida la restitución de lo que antes le he usurpado».

Se condenó al más absoluto retraimiento. Para no llamar la atención, escribió en los periódicos, en las revistas científicas, bajo un pseudónimo. Procuró cultivar la inteligencia de su hija, infundirle sentimientos de la más sana moral.

Trató, en fin, de hacer de ella una mujer digna por todos conceptos de la consideración social.

Sus incesantes trabajos, las incesantes luchas de su espíritu, aquellos para él tristísimos recuerdos que no le abandonaban jamás, concluyeron por debilitarle, envejecerle. Deseaba casar á su hija.

Un joven, digno por todos conceptos de aprecio, se presentó. Amó á su hija, y ésta llegó á amarle. Le pidió su mano, y se la concedió.

Mas de pronto sobrevino aquel inesperado golpe, aquella terrible revelación, aquel nuevo dolor; pues el prometido esposo resultó ser el hijo de aquella desgraciada á quien asesinara en otro tiempo para robarla. El hijo de la víctima no podía casarse con la hija del asesino.

¡Si Armando Le Forestier descubría algún día á los que con tal empeño buscaba, y á los cuales había jurado castigar; si llegaba á saber!...

¡No! ¡Jamás! ¡Jamás!



Clara amaba á su prometido con toda el alma. Lo sabía perfectamente; estaba acostumbrado á ver en lo más recóndito de su pensamiento, á adivinar todos sus sentimientos. ¡Qué dolores, qué sufrimientos tendría que pasar aquella hija adorada, á quien tantas veces se había prometido hacer dichosa!

Pero no. ¡Era imposible!

Y moviéndose sin cesar entre las sombras de la noche, se repetía constantemente:

—El hijo de la víctima no puede casarse con la hija del asesino.

## V.

Clara de Beuvret no pudo dormir aquella noche. Estaba inquieta, intranquila.

—¿Por qué habían estado hablando tanto tiempo su padre y el señor Paul Girard? ¿De qué se habían ocupado? Una petición de matrimonio, cuando la contestación está convenida de antemano, dura algunos minutos solamente; había durado más de dos horas la conversación, y debía ser muy interesante, á juzgar por la manera y animación con que hablaban.

Por fin se habían separado. Pero el señor Girard se marchó sin buscarla, sin despedirse

de ella, sin decirle siquiera adiós, y el señor de Beuvret, á quien esperaba ver alegre y satisfecho, parecía preocupado, triste. Á sus preguntas se había limitado á contestar:

—Puedes retirarte; ya es tarde.... Mañana hablaremos.... Necesito reflexionar.... Voy á dar una vuelta, á respirar un poco de aire.

Se separó de ella, y se perdió entre las sombras de la noche.

¿Reflexionar qué? ¿Sobre lo sucedido?....

Mucho tiempo estuvo esperando la vuelta de su padre; pero no pudo verle hasta el día siguiente.

Pasaba el tiempo, y el señor de Beuvret no volvía. Á la madrugada, rendida por la fatiga que produce el insomnio en una naturaleza de veinte años, se quedó dormida.

Por la mañana, apenas despertó, corrió á la habitación de su padre, y llamó. Con esto no alteraba sus costumbres; tenía la de ir todos los días al levantarse á darle los buenos días y besarle. Nadie la respondió. ¿No había vuelto su padre todavía? Sí, pero se hallaba en el salón, donde tenía su gabinete de trabajo. Al verle, corrió hacia él; pero de pronto se detuvo sorprendida, porque en lugar de sonreírle como acostumbraba y tenderle los brazos, permaneció en pie, inmóvil, con los brazos apoyados sobre el mármol de la chimenea.



—¿Qué tienes, padre mío? ¿Qué te pasa?—le dijo.

—Siéntate, hija mía, y escúchame. Quiero ver si eres realmente la joven razonable y valerosa, la mujer que yo he querido hacer y que creo he hecho.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que tienes que decirme?—dijo palideciendo, y con el presentimiento de que se trataba de su matrimonio.

—Tengo que decirte, hija mía (contestó el señor de Beuvret), que tú y yo nos hemos equivocado, tanto respecto al nombre como á la posición del que hace tres meses estamos recibiendo en casa.

—¡Equivocados!

—Sí, no se llama Paul Girard. Se llama Armando Le Forestier. Su fortuna, lejos de ser modesta como habíamos creído, es inmensa.

—Y bien, padre mío (replicó con ingenuidad); ¿eso qué importa?

—Eso establece una gran desproporción entre él y tú. Un matrimonio en esas condiciones, debe despertar nuestra susceptibilidad, herir nuestra delicadeza.

—¡Nuestra susceptibilidad! ¡Nuestra delicadeza! No lo comprendo. ¿Acaso nos hemos ocupado de su fortuna jamás? ¿Por qué hemos de ocuparnos hoy? Le amé con tu consentimiento, creyéndole pobre. Es rico, ¡qué se le va á hacer!

Por eso no le he de amar ni más ni menos.

—Debes procurar amarle menos, olvidarle.

—¡Qué dices! ¡Que le ame menos, que le olvide! ¡Oh! ¡Eso es imposible!

—Espero que tu razón concluirá por aconsejártelo. Es preciso que el mundo no pueda acusarnos de haber querido rayar demasiado alto, de haber buscado, acaparado, yo un yerno y tú un marido que no debíamos aceptar.

—¿Cómo podrán acusarnos de tal cosa? Nosotros ignorábamos quién fuese.... Hoy solamente....

—Se dudará de nuestra ignorancia.... Puede ser que él mismo llegue un día....

—¡Él! ¡Él! ¡Ah! Tú sabes que él no es capaz....

—Sin duda; mas....

—¿Es su fortuna la que te asusta de tal modo, la que te sugiere ideas semejantes?... (añadió la joven sonriendo.) Pues bien: ¿quieres que te lo diga francamente? Esa fortuna me ha llenado de gozo. He tenido siempre deseos de ser rica, muy rica. No por mí, sino por los demás.... ¡Cuánto bien puede hacerse! ¡Á cuántos se podrá hacer felices!

La joven guardó algunos instantes silencio, y continuó:

—¡Armando Le Forestier! Me parece.... En efecto, recuerdo ese nombre. Se le cita como pudiera citarse el de Rothschild.... Es uno de



los reyes del dinero, como acostumbra á decirse. No tiene el aspecto de ellos. No tiene ese aspecto fiero de los hombres ricos.... Ahora comprendo su conducta.... Ha ocultado su nombre para no cohibirnos... ¡Lo conozco bien! Cuando nos hayamos casado, querrá figurar más que ahora. Quiero que funde hospitales y hospicios, para poder librar de la miseria á todos los desgraciados. ¡Ah! Lo arruinaré pronto, y tú no podrás rechazar su fortuna.... Vamos, alegra un poco ese semblante, mi querido papá.

Este no pudo menos de sonreír ante tan gracioso candor....; pero la sonrisa no tardó en desaparecer, al continuar diciendo la joven:

—Tengo, además, otras razones para desear ser rica. Tú trabajas demasiado. Tú te estás matando por verme contenta, por satisfacer todos mis caprichos, comprarme ropas.... Quiero que descanses. El padre de Armando Le Forestier (añadió con cómica entonación) no debe trabajar.

La idea de vivir á expensas de Armando Le Forestier le causó horror.

—¡No, no! (gritó instintivamente.) ¡No quiero, no debo escucharte! ¡Ese matrimonio es imposible!

—Vamos (replicó la joven, poniéndose seria): tú tienes motivos más graves.

—¡No, no!

—Sí, lo estoy leyendo en tus ojos, y no puedo engañarme; habla, te lo suplico. Te has dirigido al comenzar á la joven razonable y valerosa, y no debes ocultarle nada. Ella debe saberlo todo.

El señor de Beuvret, después de algunos instantes de vacilación, exclamó:

—¡Sea! Escucha....

## VI.

Cuando comprendió que las razones dadas á Clara no eran suficientes para impedir su matrimonio con Armando Le Forestier, se decidió á invocar otras, por más que le causaba verdadero espanto la idea de abordar semejante cuestión. Pero por convencerla resolvió condenarse al más cruel de los tormentos.

Después de hacer un gran esfuerzo para recobrar en parte su sangre fría, le dijo:

—Tú no ves hasta ahora en Armando Le Forestier otra circunstancia que la de ser rico, inmensamente rico.... En mi opinión, este es un obstáculo suficiente para que no se deba verificar tu casamiento.... Pero hay otra razón además, como has adivinado. Hay en su vida un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



drama horrible, que me ha contado ayer, y el cual ocurrió, según recuerdo, hace unos veinte años próximamente.

—¡Un drama! ¿Qué drama?

No obstante el esfuerzo que hizo por dominarse, respondió con voz turbada:

—Su madre fué asesinada.

—¡Asesinada! ¡Ah, Dios mío!

—Él tenía ocho años.... y presencié el crimen.

—¡Mataron á su madre en su presencia!....

¡Oh! ¡Qué infamia!

Precipitadamente, como si tratara de justificarse, dijo:

—Y él mismo debió la vida....

—¿Á quién?

—Al cómplice del otro.

—¡Ah! ¡dos para matar á una mujer!

—No; para robarla.... No tenían semejante propósito.... Estaba tratado, convenido, que se la respetara la vida. Pero en la lucha....

—Uno la mató (añadió la joven), y el otro no lo impidió. ¡Ah, miserables!

—El cómplice que había salvado al niño no pudo impedirlo. No lo calculó. ¡Se mata tan pronto á una persona! Pero dejemos esto. Estos detalles son inútiles: te hacen daño; á mí mismo, cuando el señor Le Forestier me los contaba ayer, me causaron fuerte impresión.

—Sí; tienes la voz turbada, mi querido pa-

dre. Dime solamente.... ¿Los asesinos fueron presos, castigados?

—Desgraciadamente no.... Y ese es el punto esencial. Eso es lo que me ha hecho cambiar de parecer, y reflexionar desde ayer...., y por eso quiero consultar contigo.

—Veamos; porque hasta ahora no adivino la causa que haya podido hacerte cambiar de parecer. Hay una honda pena en la vida de Armando, desgracia por la cual está inconsolable; ¡pues bien! yo procuraré consolarlo. Esa es una de las misiones de la mujer: consolar á los que sufren... Ahora me explico el por qué con frecuencia se le ve ponerse triste.... Ese terrible acontecimiento ha llenado de dolor toda su vida. Yo procuraré....

El señor de Beuvret la interrumpió, diciéndole:

—En vez de hablar, hija mía, debieras escucharme.

—Es verdad; perdóname: ya te escucho.

—La justicia, ya te he dicho, no pudiendo encontrar á los criminales, concluyó por renunciar á buscarlos.... Cuando Armando Le Forestier llegó á ser hombre, se impuso la obligación de buscarlos.

—Cumple con su deber, y apruebo su conducta. ¿Acaso podría vivir, teniendo la seguridad de que los asesinos de su madre quedaban im-



punes?... Yo no podría.... Si alguien llegara á hacerte daño, ¡ah! me ensañaría en mi venganza.... Si tú murieras, y yo me viera privada por un crimen de tus desvelos, de tus caricias, ¡con qué odio no perseguiría yo á tus asesinos!

—Lo sé, hija mía; y es precisamente eso lo que me hace reflexionar. La obligación que te impusieras absorbería tu vida por entero.... No te cuidarías de ser esposa ni madre: serías únicamente mi hija, y no tendrías otra idea ni otro pensamiento que el de vengarme.... Esa es la razón por qué tu casamiento me parece imposible. Armando Le Forestier tiene una idea fija: encontrar á los asesinos de su madre. El no puede ser jamás tuyo.

—Te equivocas, padre mío. Durante el tiempo que ha estado aquí, ha sido nuestro. ¿Por qué razón no lo ha de seguir siendo en adelante? ¿Se te ha ocurrido pensar por un solo instante que nos ocultaba un secreto, que tenía una idea fija? Recuerda los diálogos que ha sostenido contigo sobre artes y sobre ciencias. Y á mí, ¡cómo sabía decirme frases galantes y cariñosas! ¿Ha hablado con respecto á la muerte de su madre alguna vez? No.... Si él no hubiera tenido, como tú dices, más que una idea fija, hubiera concluido por hablar respecto á sus proyectos. No te inquietes por mí, padre querido. Sus recuerdos no le impedirán vivir en la realidad, gozar de la di-

cha del presente. Él amará siempre la memoria de su madre, como es su deber; mas esto no impedirá que guarde á tu hija amada un lugar preferente en su corazón.

¿Qué podía responderle? Cuanto decía era justo y razonable. Ignoraba la verdadera causa que se oponía á la realización de su matrimonio, y por eso continuaba sosteniendo la defensa de un amor que constituía su felicidad. Como su padre seguía callando, interpretó su silencio en un sentido diferente, y creyendo concluiría por alcanzar un triunfo completo, le dijo:

—Tengo un medio infalible para que su alma se identifique con la mía y se unan estrechamente nuestros corazones. Él venera la memoria de su madre; pues bien: yo la veneraré también. Ha jurado buscar y castigar á sus asesinos; pues yo, yo, le ayudaré en su obra.

—¡Tú! ¡Tú!!—exclamó con espanto el señor Beuvret.

—Sí, yo; y le seré de gran utilidad. No ha podido buscarlos bien. Las mujeres son más hábiles, más á propósito para esas cosas. Estudiaré con él de nuevo el asunto. Adivinaré ciertos secretos...., y los dos concluiremos algún día por conseguirlo.... ¡Ah! ¡Qué alegría si yo puedo decirle alguna vez: «He ahí los miserables! ¡Castígalos como se merecen!»



## VII.

Todos los instintos de desinterés y de generosidad que el señor de Beuvret había desarrollado en Clara, la fortaleza de ánimo, la virilidad de que había procurado dotarla para que en el gran combate de la vida le sirvieran de armas, eran otras tantas que contra él se volvían, y aun contra ella misma, decidido como estaba á oponerse por todos los medios y con todas sus fuerzas al proyectado matrimonio.

¿Podía él admitir que su hija llegara á ser no sólo la esposa, la compañera, sino el consejero, el guía, el aliado de Armando Le Forestier en el ideal que éste perseguía? ¿Quién no hubiera temblado ante la idea de que los culpables de un crimen hubieran de haber sido buscados y descubiertos por la hija de uno de ellos?

Trató de dar entonación serena á su alterada voz, y dijo, después de algunos momentos de silencio:

—Todo cuanto acabas de decirme, hija mía, es algo novelesco, y se aparta, por lo tanto, de la realidad. La vida que he soñado para ti es más sencilla, más vulgar. No puedo admitir que

la criatura de quien yo he querido hacer una mujer casera, cumplidora de sus deberes, de los deberes tranquilos, reposados, de la madre y de la esposa, para cuyo buen cumplimiento he cuidado de educarla, se lance á las aventuras, y llegue á ser una especie de heroína de causa célebre.

—¡Padre mío!...

—Déjame terminar. Ante ciertos razonamientos que has opuesto á los míos, cuando he comprendido que tu... afecto por el señor Armando Le Forestier era aún más vivo de lo que yo había podido pensar, he vacilado, lo confieso; pero franca, leal, como siempre, me has hecho comprender que le seguirías lealmente en todas las vicisitudes de su existencia, peleando con él...; mas esto es precisamente lo que yo no quiero y una de las causas que, aunque con profundo dolor, me obligan á decirte que con firmísima voluntad estoy dispuesto, ahora y en adelante, á oponerme á tu matrimonio.

—¡Padre mío, padre mío! —sollozó ella con tal entonación, que los ojos del señor de Beuvret se llenaron de lágrimas.

Notólo Clara, y olvidando su propia pena, se lanzó á sus brazos, diciéndole:

—Ves, sufres como yo. Harto comprendes cuán triste y cuán dolorosa es la decisión que has adoptado.



—Si, hija mía (replicó él, estrechándola contra su corazón). Los dos sufrimos.... ¿Puedes tú acaso sufrir pesár que yo no sufra también? Pero prefiero los sufrimientos de hoy á los que más adelante pudiéramos tener.

La joven quiso aprovechar el enternecimiento de su padre, y con melosa entonación de voz, mirándolo cariñosamente y acariciándole, le dijo:

—¿No son exagerados tus temores y los peligros que crees pueden amenazar á mi tranquilidad y á mi reposo? ¿De qué se trata? De vivir, de leer y de ser; digámolo así, con el pensamiento, con los ojos y con la vida del señor Armando; conocer el drama de que ha sido víctima en su juventud; estudiar con cuidado aun la menor de las circunstancias que en él concurrían; no dejar escapar ni un detalle; poner la mayor atención en lo que hasta la fecha se ha considerado indigno de ella; pensar mucho y pensarlo todo, y si una nueva idea ilumina nuestra inteligencia, poder decir algún día: «Por este punto debieron emprenderse las averiguaciones; el asesino partió de tal parte, tomó tal camino, y en tal otro sitio debe ser hallado».

Su padre la rechazó bruscamente.

—¿Y si obtuvierais el éxito apetecido?

—Nuestra tarea habría terminado. Diríamos á la justicia: esos son los culpables; ahí los tenéis; castigadles.

—No puede castigarlos. Tú lo ignoras, pero el señor Le Forestier lo sabe bien; ya me lo decía ayer. El crimen ha sido cometido hace más de veinte años, y la prescripción legal protege á los que cometieron el crimen. La ley no puede castigarles.

—¡Cómo! ¿Después de haber robado, matado, basta con ser hábiles para ocultarse á las pesquisas de la autoridad, para después lanzarse al mundo con una impunidad concedida por el tiempo?....

—Sí.

—¡Valiente ley!

—Yo no la he hecho.

—Bien lo veo; pero esa ley ofusca tus sentidos y me permite batirte en regla,—dijo ella sonriendo.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy sencillo. Si el señor Le Forestier y yo hallamos á los culpables, no podremos entregarlos á los tribunales; luego nada tienes que temer por mí, ni aun el ruido que pudiera dar un proceso. ¡Esos miserables se nos escapan!

—¿Pero y si el señor Armando Le Forestier hubiese jurado castigarlos por su mano?

—¡Ah! ¿Pero se ha propuesto eso?....

—Sí, y he aquí lo que me aterra. Porque al fin, nadie tiene derecho á administrar por sí la justicia.



—¡Cómo! ¿Un hijo no puede castigar á los asesinos de su madre?

—No; el Código no ha previsto el caso. No está el señor Armando en un caso excepcional para la ley.

—¿Y qué le harán si los mata?

—Le juzgará una Audiencia de lo criminal como á otro asesino cualquiera.

—¿Qué tribunal osaría condenarle? Y si le condenasen, le absolvería la opinión pública. ¡No serías tú quien le condenara!

—Es posible. Pero no quiero (dijo él con repentina resolución) que te cases con un hombre predestinado á verse tal vez dentro de poco en el banquillo del acusado; no quiero que te sientes á su lado, y tengas que confesar á los jueces que le ayudaste á vengarse, y pedirles que, puesto que á él le condenan, te condenen también á ti. Te conozco hartó bien, y sé que serías capaz de hacerlo así.

—¡Oh, es verdad!—se le escapó decir á ella, dejándose llevar de una sensación puramente romántica.

Entonces su padre, deseoso de terminar aquella conversación, que era un torcedor de su alma, la dijo con suma entereza, pero sin atreverse á mirarla:

—Tú misma has dado contestación á tus súplicas. Tengo el deber de defenderte contra ti

misma, y te repito lo que ya he dicho. No puedes casarte con el señor Armando Le Forestier, y no te casarás con él.

### VIII.

Por el tono decidido, por el ademán resuelto de su padre, la señorita Clara de Beuvret había comprendido que, por el momento al menos, era necesario renunciar á convencerle; no replicó, pues; pero al cabo de un momento de silencio doloroso para aquellas dos personas, unidas siempre por el solo deseo de hacerse recíprocamente amables, y que se hallaban en desacuerdo por primera vez en su vida, la joven se atrevió á decir:

—¿Entonces, padre mío, en la entrevista celebrada ayer con el señor Armando Le Forestier, le habréis negado mi mano?

—No; aduje solamente que sus confianzas me habían impresionado mucho; que eran de tal naturaleza, que podían influir en mi modo de pensar, y tal vez modificar mis proyectos; y he terminado pidiéndole que me concediera algún tiempo para decidirme.

—¿Y no os ha parecido que le producía eso alguna extrañeza?